



# NEO RRRAN CIOS

**SOBRE LOS PELIGROS  
DE LA NOSTALGIA**

**PABLO BATALLA · DESIRÉE BELA-LOBEDDE · EUDALD ESPLUGA  
MAR GARCÍA PUIG · JAVIER GIL · ROCÍO LANCHARES · PAU LUQUE  
JOSÉ RAMA · NOELIA RAMÍREZ · RUBÉN SERRANO**

**BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ, COORD.**

**PENÍNSULA**

# Neorrancios

Sobre los peligros de la nostalgia

Pablo Batalla Desirée Bela-Lobedde

Eudald Espluga Mar García Puig

Javier Gil Rocío Lanchares Pau Luque

José Rama Noelia Ramírez Rubén

Serrano Begoña Gómez Urzaiz

(coord.)

© Pablo Batalla Cueto, 2022; © Desirée Bela-Lobedde Boleche, 2022; © Eudald Espluga Casademont, 2022; © Mar García Puig, 2022; © Javier Andrés Gil García, 2022; © Begoña Gómez Urzaiz, 2022; © Rocío Lanchares Bardají, 2022; © Pau Luque Sánchez, 2022; © José Rama Caamaño, 2022; © Noelia Ramírez Montes, 2022; © 2022 by Rubén Serrano

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021  
Edicions Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensula@planeta.es](mailto:edicionespensula@planeta.es)  
[www.edicionespensula.com](http://www.edicionespensula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Depósito legal: B. 74-2022  
ISBN: 978-84-1100-042-0



## Índice

Contra lo neorrancio. Por qué triunfa el repliegue sentimental, <i>por Begoña Gómez Urzaiz</i>	9
Dar pena, <i>por Pau Luque</i>	23
La trampa de la paisana, <i>por Noelia Ramírez</i>	41
«Y en la Arcadia, yo...» La romantización del campo, entre Walden y Puerto Hurraco, <i>por Pablo Batalla Cueto</i>	59
Autoayuda neorrancia (o cómo conquistar la vida feliz que tus padres nunca tuvieron), <i>por Eudald Espluga</i>	73
La nostalgia <i>queer</i> no existe, <i>por Rubén Serrano</i>	93
Madonas en sepia: nostalgia y maternidades reaccionarias, <i>por Mar García Puig</i>	111
Los exiliados del parentesco, <i>por Rocío Lanchares Bardají</i>	129
Generación <i>Rent</i> , <i>por Javier Gil</i>	153

No hay nostalgia de un pasado mejor, <i>por Desirée Bela-Lobedde</i>	179
La izquierda del siglo XXI: entre el avance y el retroceso, <i>por José Rama</i>	197
Biografías	217

## Dar pena

*Pau Luque*

Éramos tan felices.

MICHI PANERO en 1976

Eso del «éramos tan felices»... ¡pues no! Es que te inventas que has sido feliz. Pero no hay tal.

MICHI PANERO en 1994

No sé decir si *Feria* es un buen o mal libro.<sup>1</sup> Creo que es un libro hábil y a la vez abominable. Es un libro hábil porque su autora, Ana Iris Simón, le habla a un público amplio con el lenguaje de ese mismo público amplio, no con el de los académicos o el de los intelectuales. Esto es fundamental para sus propósitos. Usa el lenguaje de la

1. Agradezco a Bárbara Arena y a Pablo Muñoz sus lecturas de versiones anteriores de este ensayo. Las conversaciones con ellos fueron de ayuda para aclarar mis ideas, aunque los eventuales errores del texto solo se me pueden atribuir a mí. También agradezco a Begoña Gómez Urzaiz la invitación a participar en este volumen, así como sus observaciones a una versión previa del texto.

sabiduría popular para intentar legitimarse como una de los suyos. Una vez acreditada retóricamente como alguien no sospechoso de pertenecer a la élite cultural, intenta persuadir al lector, singularmente al lector engañado y desclasado a raíz del *crash* financiero de 2008, de las bondades de resucitar los esquemas sociales tradicionales.

Y es un libro abominable por razones parecidas: apela a los sentimientos morales más nobles de la gente para convencerla de embarcarse en un ejercicio de nostalgia reaccionaria.

*Feria* no es un panfleto ni un ensayo. Su género, si acaso, es el de la crónica familiar. Simón narra su infancia y adolescencia en un pueblo de La Mancha. Pero, de un modo u otro, también se erige como crítica de los valores urbanos contemporáneos en general y, más en particular y con más ahínco, del estilo de la llamada izquierda cultural.

Lo más sorprendente de la crítica de Simón a la izquierda contemporánea es que no es una crítica. Es una caricatura. Se ríe del lenguaje que usa la izquierda. Se ríe de llamar fascista al hombre que mira el culo de una mujer en un paso de cebra. Se ríe de la idea de progreso. No hay rastro de crítica. Y es una lástima, porque esa izquierda necesita una buena sacudida crítica. Perdida a veces en la teoría y en la abstracción más esotérica, la izquierda ha olvidado a veces que su electorado no habla ni tiene por qué hablar el lenguaje académico. Tómese, por ejemplo, este famoso tuit de Íñigo Errejón:

Íñigo Errejón 

@ierrejon

...

La hegemonía se mueve en la tensión entre el núcleo irradiador y la seducción de los sectores aliados laterales. Afirmación – apertura.

10:26 p. m. 19 jun. 2015 Twitter for iPhone

Ante esta deriva —que Errejón, por cierto, supo corregir—, hace falta una crítica articulada y argumentada de por qué a la vanguardia política de la izquierda le conviene encontrar un equilibrio entre la reflexión intelectual y un lenguaje que la acerque, en lugar de alejarla, a las clases trabajadoras y a quienes aspiran a una vida clasemediera. Esto es nada más y nada menos que asumir las circunstancias del presente: un grueso significativo de la población trabajadora ha accedido a tener educación superior a la par que la crisis de 2008 dejaba un reguero de personas, con y sin estudios superiores, en un estado de vulnerabilidad social. La izquierda debe poder elaborar un discurso político que, haciendo acopio del trabajo intelectual, no deje de hablar de tú a tú a las personas que viven y padecen las circunstancias del presente.

Sin embargo, Simón opta por el camino de la pereza y adopta una actitud antiintelectualista: ¿para qué pensar en estrategias que respondan a las circunstancias del presente si podemos fantasear con las circunstancias del pasado? Hay un desfile en *Feria* de puyas a los intelectuales, una ridiculización de las inquietudes artísticas cuando estas se expresan de alguna otra forma que no sea costumbrista y sentimentaloides, un menosprecio resentido



por la idea misma de ciudad y, en consecuencia, un desdén por el espacio público.

Esto último merece una observación. La reivindicación de la vida de pueblo que hace Simón en *Feria* es un repudio de lo público, entendido este como el lugar de encuentro con lo diferente. Uno de los rasgos que caracteriza la vida de pueblo tal y como ella la narra es que sus habitantes son iguales desde el punto de vista sociológico y cultural. Hay matices entre las personas de su entorno (su padre se considera marxista y su madre no, su padre escucha *El Último de la Fila* y su madre *Los Chichos*). Pero en *Feria* las diferencias se quedan en las discusiones de sobremesas y resultan irrelevantes desde el punto de vista práctico. Todos hacen la misma vida y socializan de maneras muy parecidas, no hay, para usar la expresión de Wittgenstein, diversas formas de vida en *Feria*.

La reivindicación costumbrista, al menos tal y como la dibuja Simón, involucra la homogeneidad sociológica y cultural y, con ello, la negación del espacio público, porque este último es el lugar de encuentro entre las diversas formas de vida existentes. La ciudad simboliza ese espacio porque es donde tiene lugar la conversación con quien es diferente de uno mismo. La ciudad absorbe —más mal que bien— los conflictos sociales y los choques morales derivados de las diversas formas de vida. El contraste entre lo rural y lo urbano no es una cuestión de tamaño, sino de heterogeneidad de las formas de vida —aunque a menudo una cosa y otra estén relacionadas—. Sin diferencias, no hay ciudad.

Simón bien habría podido ofrecer una visión realista de la vida familiar en medios rurales y una reivindicación

del conocimiento mundano pero indestructible que pasa de madres y padres a hijas e hijos en el campo, como hizo María Sánchez en *Tierra de mujeres*. Pero *Feria* es otra cosa. Es el repudio de otras formas de vida que no sean la de Simón, es el menosprecio por lo que ella asocia a lo urbano: lo intelectual, lo imaginativo, lo diverso, lo conflictivo, lo ruidoso, lo desordenado, lo complejo, lo artificial.

#### LA NOSTALGIA POR EL PUEBLO

Simón se trasladó a Madrid desde su pueblo y no le gustó lo que encontró. Sintió que no era su lugar. Y extrañó su pueblo. Aunque, como dijo no sé qué escritor, no es cierto que extrañemos los lugares donde crecimos: extrañamos el tiempo en que crecimos. La consecuencia de esta confusión es patética pero inapelable. Como no puede regresar al pasado, el nostálgico reaccionario simplemente regresa a su pueblo. Y, por el camino, le atribuye una serie de virtudes a la vida de pueblo que en el fondo pertenecen a un pasado idealizado. De forma paralela, asocia todos los vicios del mundo a la ciudad, pese a que, en realidad, es el presente demonizado el que adolece de esos defectos.

Ese pasado es falso, pero literariamente no importa. Lo que quiero decir es que estoy seguro de que en el lugar de La Mancha donde creció Simón había pluralidad de formas de vida. Pero el pueblo descrito en *Feria* es un pueblo en sentido político: las diferencias son irrelevantes. Y esto, precisamente esto, es lo que ella busca en el pasado.

Abordar las complejidades del presente requeriría, además de buenos sentimientos, un esfuerzo intelectual porque, en nuestro presente real y plural, las diferencias sí son relevantes. Arrastrada por la sospecha de que toda actividad intelectual es pedante e innecesaria porque nuestros ancestros ya nos proporcionaron todas las herramientas políticas y sociales que necesitábamos, Simón prefiere hacer mofa de la izquierda cultural en lugar de intentar desnudarla con una crítica en forma de narración.

Tal vez parte del problema es que Simón no distingue entre la pedantería intelectual y la actividad intelectual. Lo penoso e injustificable de la pedantería intelectual no es la parte intelectual, sino la parte pedante. ¿Por qué no criticar entonces la pedantería en lugar de impugnar simplemente lo intelectual? ¿Por qué esa absurda y displicente enmienda a la totalidad? Se me ocurre una respuesta: para legitimar, justamente, otra pedantería, la pedantería antiintelectualista, la de alguien que se ufana de saber que la verdad indisputable de la vida no se encuentra en los libros, sino en la simpleza —que no es lo mismo que la simplicidad ni que la sencillez—. Lo razonable hubiese sido que Simón la tomara críticamente con la arrogancia intelectual con la que parte de la izquierda cultural decreta qué es progreso, no con la empresa intelectual de la izquierda progresista en su conjunto.

Es perturbador que quienes en algún momento se descubren como escépticos respecto de la idea de progreso consideren como única alternativa la nostalgia, cuando la nostalgia no es nada más que el reverso del progreso. Esa súbita y fanática fe en el pasado es en rea-

lidad la venganza de quienes tenían una fe, igualmente fanática, en el progreso. Ser escéptico respecto del progreso no debería conllevar ser iluso respecto del pasado. Solo debería conllevar ser igualmente escéptico. Pero *Feria* es explícitamente nostálgico: las primeras palabras de Ana Iris Simón en el libro son: «Me da envidia la vida que tenían mis padres a mi edad».

Sin voluntad de debatir críticamente con la izquierda contemporánea, *Feria* quiere hacernos creer que el pasado era mejor porque era más simple:

**Ana Iris Simón** @anairissim... · 18/01/2020 ...

La patria chica. El corral de la abuela María y el abuelo Vicente con la ropa de mis primos pequeños secándose al sol.

La vida es esto y poco más.

Aunque, visto lo visto, también para Simón la vida ha terminado siendo bastante más que tender ropa y cuidar el corral. Tras la exitosa apología de la vida autárquica desplegada en *Feria*, pasó a colaborar con la Cadena SER y a escribir regularmente en *El País*. Yo me alegro con sinceridad: queda así desacreditado, con el vigor que tienen las ideas cuando se encarnan en personas reales, que la vida de alguien de su generación sea poco más que tender ropa y cuidar el corral.

*Feria* y la ola de retórica reaccionaria nos quieren persuadir de que entre el tuit del núcleo irradiador y este de Simón no hay alternativa. O fe en el progreso o fe en el pasado. O izquierda críptica urbana o tradicionalismo

rural. O pedantería intelectual o sabiduría popular. Pues no. Porque en cuanto a sabiduría popular se refiere, también hay diversidad y pluralidad. Como Simón saca a su abuela a jugar este juego, me siento legitimado a sacar también a la mía. Y como para mi abuela la vida sí fue literalmente eso y poco más —hasta el punto de que, siendo como era analfabeta, ni siquiera hubiese podido escribir que «la vida es esto y poco más»— tengo que decir que, de haberle yo recitado el tuit de Simón, me habría soltado tremenda bronca. Y con inconfundible acento cordobés me habría dicho: «Niño, no digas más tonterías falangistas y ponte a estudiar y a leer de una vez. Ojalá que mi vida hubiese sido mucho más que esta miseria de vida que me tocó. ¡Y a quien diga que la vida es poco más que tender la ropa y cuidar el corral que no lo vea yo haciendo cualquier otra cosa como escribiendo libros o yendo a la radio a hacer tertulia!».

Si vamos a reivindicar la sabiduría popular de las abuelas del siglo xx, yo me quedo con esta sabiduría popular, no porque fuera la de mi abuela —que también—, sino porque, aunque no estoy nada seguro de que ella creyera en el progreso, sí estoy seguro de que creía que el resto de sus nietos y nietas y yo merecíamos una vida con más alternativas que las que ella tuvo.

## EL AMOR SENTIMENTAL Y SOLEMNE

En uno de sus primeros artículos en *El País* («Vicente y el amor», 4 de septiembre de 2021), Ana Iris Simón hizo una defensa del amor que se pretendía conmovedora y

natural, pero que terminaba revelando la confusión de la que es víctima la ola antiintelectualista y reaccionaria que vivimos. Dice Simón que ella comprendió qué es el amor oyendo hablar a su abuelo de su abuela fallecida. Hasta aquí, todo un poco *kitsch*, pero se entiende por dónde va. Para reforzar esa idea —refuerzo, por otra parte, del todo innecesario—, dice que ella no comprendió qué es el amor leyendo a Ortega y Gasset (o a Eva Illouz o a Brigitte Vasallo). Pero ¿por qué Simón nos cuenta siempre las cosas como si lo que a ella le pasara fuera algo excepcional y no le ocurriera a nadie más? ¿No era justamente su gracia que nos contaba las cosas comunes y no las frivolidades de la izquierda urbana? ¿Qué justifica entonces ese tono de anomalía? ¿Quién demonios ha comprendido jamás el amor leyendo a Ortega y Gasset, alguien que estaba interesado en hacer una teoría del amor? De hecho, el riesgo no es que el lector no aprenda nada del amor leyendo a Ortega, ¡el riesgo es que sí aprenda algo! (Por otra parte, colocar a Vasallo y a Illouz al lado de Ortega es injusto porque, a diferencia de Ortega, no aspiran a construir una teoría del amor.)

Pero no nos perdamos en los confusos entresijos del antiintelectualismo. Lo que Simón hace en ese artículo en *El País* es poner en marcha su método literario: la sentimentalización y la solemnidad. Transcribo a continuación algunos ejemplos, tanto de *Feria* como de alguna de sus columnas, que me siento obligado a comentar:

Si alguna vez alguien me pregunta a qué huele España responderé que a esa habitación, a la cocinilla, que cuando

estaba mi abuela también olía a veces al jabón que hacía ella.

Yo, como Simón, también creo que un país no puede reducirse a una lista de derechos constitucionales (como parece querer decir a veces el patriotismo constitucional habermasiano). Un país debe tener otros vínculos sociales más tangibles, más densos, que los de los símbolos formales del Estado. Pero si uno va a buscar esos vínculos en el pasado, lo que ocurre es que cuando las personas que componen el pasado mueren también lo hace el país. Así, es imposible recomponer el país porque es imposible resucitar a los muertos. Y todos los intentos serán frustrados por la impureza que supone el simple hecho de vivir en el presente y no en el pasado. Los vínculos sociales densos tenemos que encontrarlos en las circunstancias del presente.

El Estado es la leche [materna], es el ingreso mínimo y las pensiones, pero no es solamente los hospitales porque si no seríamos la teta sueca: gorda pero fría. También es la pertenencia, el calor y el saberse compartiendo algo más que impuestos y servicios con el otro, pero no es solo eso porque si no nuestra patria cabría, como bien decía el Califa Rojo, en una caja de zapatos: allí podríamos guardar, cuidadosamente doblada, nuestra bandera.

De este pasaje yo infiero que las raras son las mujeres suecas porque no sienten la patria al amamantar. O algo así.

Yo en lugar de rezar iba a misa a escondidas.

Según cuenta Simón, la rama paterna de su familia es comunista y atea. Simón descubrió secretamente la fe católica en su temprana adolescencia. Es una manera como cualquier otra de matar al padre. Con esto no quiero decir que su catolicismo no sea sincero. Solo sugiero que la fe sincera no tiene nada de «políticamente incorrecto» ni de iconoclasta, algo que, en cambio, sobrevuela todo el rato *Feria*. Me recuerda a alguien que dijo que en 2021 lo revolucionario y punk en España era ser monárquico. Simón nos habla como si viviéramos en un mundo plenamente poscatólico. Y no hay rastro de ese mundo.

El progreso trajo consigo, además de rotondas y chales adosados con las puertas de madera clarita y supermercados que ya no olían a animal muerto, una ola de crueldad, y la trajo no al mundo, sino a nuestros ojos, que de pronto empezaron a ver víctimas que antes no veían y dichosos los que sufren y Mateo 5,4.

Este pasaje no es, estrictamente hablando, sentimentalista, pero si lo menciono es para que el que cito a continuación adquiera todo el sentido y potencia:

[E]stamos los que podemos elegir menos.

Apartaos desheredados de la historia, que una española que ha estudiado una licenciatura universitaria en una de las capitales de Europa, tiene pasaporte europeo y por tanto goza de los derechos más avanzados, publica libros y que, muy poco tiempo después de escribir estas



líneas, empezaría a escribir columnas en *El País* y a hablar en la radio más escuchada de España nos asegura que está —y hay que creerla porque va a misa y Juan 14, 6—, ¡entre los que pueden elegir menos!

(A medida que avanzo en la escritura de este texto siento cómo crece en mí un exabrupto: *Feria* es el libro más *woke* jamás publicado. ¡*Feria* es el *überwoke*!)

Pero en materia de sentimentalismo y solemnidad señorea con altivez este pasaje que, so pena de equivocarme, está desprovisto de ironía:

El caso es que hay una sensación latente y compartida y es la de que ya no queda gente, ya no quedan humanos, quizá concretamente humanos occidentales como los de antes.

Decía Joan Didion que el sentimentalismo en la literatura es una manera de ocultar los verdaderos conflictos de la realidad social. A lo que yo añado: el sentimentalismo es una manera de boicotear la conversación pública. Hay maneras de convertir la historia familiar en literatura que no solo no son impúdicas, sino que expanden nuestras consciencias. El problema no es aludir a familiares como ejemplos de situaciones concretas: la literatura es el viaje de lo particular a lo general y de lo general a lo particular. El problema es cuando uno usa al abuelo viudo o al bebé recién nacido para «demostrar» las bondades de una agenda política (la que sea), porque además de ser de una impudicia gratuita, es una manera de intentar callar al adversario político: ¿quién osará replicar qué es el amor ante la imagen de un anciano extra-

ñando a su mujer muerta? ¿Quién se atreverá a disputarle qué es la patria a alguien que asegura sentir España al amamantar a su bebé recién nacido? Hay una diferencia entre ofrecer un retrato delicado e íntimo de la gente a la que quieres y usar ese retrato para abrumar a tu interlocutor y «aplastarlo» en una discusión política bajo el peso de la solemnidad. Simón intenta persuadir al lector de las virtudes de la nostalgia reaccionaria siendo artificialmente grave y circunspecta. No hay política, no hay literatura, no hay conversación. Solo hay afectación y, en última instancia, pena. Sabotea la conversación que tenemos entre todos acerca de cómo deberíamos lidiar con los conflictos sociales y políticos de nuestros días y lo hace invitándonos a guardar silencio ante el espectáculo de la pornografía sentimental.

No es lo mismo contar una historia desgraciada que restregar las desgracias en una historia. No es lo mismo sanar el luto escribiendo que aprovechar el luto para escribir. No es lo mismo conmover al lector que empeñarse en hacerle llorar. No es lo mismo la melancolía que la nostalgia reaccionaria. No es lo mismo dejar que la pena asome a través de las palabras que usar las palabras para dar pena. No es lo mismo un lector triste que un lector aturdido. No es lo mismo la crítica que el resentimiento. No es lo mismo añorar que tener fe en el pasado. Y, sobre todo, no es lo mismo la literatura que el terrorismo psicológico y moral por escrito.

## EL DISCURSO ANTE SÁNCHEZ

Como parte de ese sentimentalismo y solemnidad, Simón pone en marcha siempre un mismo engranaje: apela a los sentimientos morales más nobles y elementales para terminar sugiriendo —casi nunca de forma expresa— algo que sabe que parte de su público verá como una infamia. En mayo de 2021, fue invitada a hablar frente a Pedro Sánchez, el presidente del Gobierno, sobre la precaria situación de los jóvenes en España. El discurso que pronunció fue una versión condensada —y, en términos comunicativos, un discurso de una habilidad y un desparpajo impresionantes— del primer capítulo de *Feria*, el más explícitamente sentimentaloides de todos y donde más se transparenta el mencionado mecanismo.

Ante Sánchez, dijo que envidiaba la vida de sus padres a su edad y que la suya —la de Simón, no la de Sánchez— era la primera generación que iba a vivir peor que la de sus padres. Esta es la parte en que se apela a los sentimientos morales más elementales describiendo a una juventud sin futuro ni nada qué hacer. A continuación, asoma la conclusión reaccionaria: regresemos a tender la ropa y a cuidar el corral.

Otra ocasión, en el parlamento ante Sánchez, en que invocó los sentimientos nobles para sugerir una conclusión siniestra fue al decir que se le ponían los pelos de punta al ver que los migrantes eran usados como maneras de engordar la hucha de la Seguridad Social en España; como si no hubiese sido suficiente con haberles robado el oro siglos atrás, enfatizaba Simón, ahora los

hacíamos migrar como mano de obra. Este argumento es, en su conjunto, un festival de dar pena y no deja ni una sola nota de la melodía de la hipocondría moral sin tocar: la culpa por el colonialismo, el lamento por la separación y división de las familias migrantes o la mercantilización de los migrantes (como si el hecho de migrar para ser mano de obra fuese una peculiaridad de nuestra época moderna y no una característica del capitalismo). Estas son las premisas conmovedoras que, como siempre, terminan siendo funcionales para una conclusión calamitosa. ¿Y cuál es la conclusión de Simón? Me parece que es tan implícita como obvia: hay que restringir la llegada de migrantes a España ¡como un favor para los migrantes!

¿No es más noble que los descendientes de aquellos a quienes se robó el oro puedan venir libremente, con sus familias, a España y a Europa para beneficiarse de esa prosperidad conseguida con el oro robado? Es triste migrar, desde luego, pero más triste es morir de hambre en tu país. Y mucho más triste aún es que te digan que para ti es mejor que no vengas a España cuando en realidad solo es mejor para mí (sí, ya sé: Simón dice que su padre tiene una pareja dominicana, pero no solo de pan y anécdotas vive el ser humano).

## RUINAS ARTIFICIALES

Hay en Viena un palacio llamado Schönbrunn que hacía las veces de residencia de verano de los Habsburgo. Está circundado por un jardín descomunal que, entre otras

cosas, contiene arboledas frondosas, lagos, esculturas varias e incluso un zoo. En el lado este de ese jardín, se construyeron, a finales del siglo XVIII, las ruinas de un palacio romano. Sí, han entendido bien: no se construyó un palacio romano, se construyeron directamente las ruinas de un palacio romano en Viena. La construcción de ruinas artificiales se puso de moda en el Romanticismo para recalcar la decadencia de las grandes civilizaciones y recordar un pasado glorioso.

Las ruinas romanas de Schönbrunn son la imagen *kitsch* más maravillosa de la nostalgia reaccionaria de la que yo haya tenido noticia —no en vano, el Romanticismo tenía un acentuada vertiente nostálgica y a menudo reaccionaria—. Irónicamente, no solo son la constatación de que no tiene sentido envidiar un pasado que no existió, sino de que, en el acto de desear e intentar resucitar ese pasado, solo podremos construir ruinas artificiales. La nostalgia reaccionaria solo puede crear ruinas.

De forma análoga, en la tentativa de recrear las bondades inequívocas que Simón y compañía adjudican a un pasado idealizado, se terminarán ignorando las circunstancias del presente o, peor aún, se intentarán forzar estas circunstancias para que se parezcan a las del pasado. Si el malestar del presente se debe a la complejidad, entonces el bienestar del pasado tenía que deberse a su simpleza. Y, así, la complejidad cultural, social y moral de nuestras sociedades contemporáneas serán hostigadas y despreciadas. Los migrantes, las personas pertenecientes a la comunidad LGTBI+ y en general todo lo «diferente», pasarán a ocupar un lugar aún más marginal, un lugar anecdótico, en nuestras sociedades. No es posible

reproducir el modelo del pasado sin eliminar las complejidades del presente. Lo único que crea la nostalgia reaccionaria son ruinas.

Se me dirá que estoy perdiendo algo de vista: hay que quedarse con lo bueno del pasado, no con lo malo. Había algunas ideas y valores del pasado que eran primordiales y que ahora han perdido vigencia. Eso es lo que hay que recuperar. Pero ¿de verdad alguien cree que —al menos para la izquierda— han perdido vigencia ideas y valores del pasado como la solidaridad, los lazos sociales o el repudio de la crueldad y la brutalidad? ¿De dónde creen los nostálgicos que nace el impulso por que las personas LGTBI+ tengan derechos? Los nostálgicos acusan a la izquierda contemporánea de haber olvidado las condiciones materiales a favor de las condiciones simbólicas o meramente culturales. Pero ¿de dónde sale el impulso moral para aprobar medidas materiales como el ingreso mínimo vital y seguir redistribuyendo, más mal que bien, la riqueza a través de los impuestos y el Estado del bienestar?

Todo esto me conduce a la sospecha de que lo que los nostálgicos demandan no es que la izquierda recupere los valores del pasado, porque, como sugiero, no los ha perdido. Lo que exigen es recuperar las circunstancias del pasado. Readueñarse de la soberanía, homogeneizar culturalmente la sociedad, volver a estructuras familiares rígidas. Lo que desean los nostálgicos reaccionarios no es lo material. Lo que anhelan es que se materialicen sus fantasías prepolíticas. Así que construyen un pasado a medida en el que esa fantasía de felicidad toma cuerpo.

En *El desencanto*, el film de Jaime Chávarri sobre la familia Panero estrenado en 1976, el menor de los hermanos, Michi, al recordar su infancia familiar en el pueblo de Astorga, dice: «Éramos tan felices». En 1994, en la segunda parte, titulada *Después de tantos años* (dirigida por Ricardo Franco), se desdice: «Eso del “éramos tan felices”... ¡pues no! Es que te inventas que has sido feliz. Pero no hay tal». Quizá no es casualidad que *Después de tantos años* termine con una imagen en que se ve a Michi y a su hermano Leopoldo María en las ruinas de la casa familiar de los Panero en Astorga.